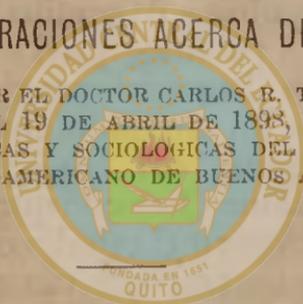


ANALES DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR

BREVES CONSIDERACIONES ACERCA DE EDUCACION

CONFERENCIA LEIDA POR EL DOCTOR CARLOS B. TOBAR, EX RECTOR DE LA UNIVERSIDAD, EL 19 DE ABRIL DE 1898, EN LA SECCION DE CIENCIAS ANTROPOLÓGICAS Y SOCIOLOGICAS DEL CONGRESO CIENTIFICO LATINO-AMERICANO DE BUENOS AIRES (*)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El señor Mercante con su notable trabajo acerca de educación fue, señores, quien comenzó á decidirme á que os presentase fragmentos de una obra mía á medio elaborar. Mas, ciertamente, si el señor mencionado empezó á resolverme para que os expusiera breves muestras de una lu-

(*) Este trabajo se ha conservado inédito no obstante que, á propuesta del señor don Julio Padilla, mandó expresamente publicarlo la Sección de Antropología y Sociología del Congreso Científico (Actas—Tomo V—Buenos Aires—1900). Múltiples ocupaciones, con que se encontró el autor á su vuelta á la patria, le hicieron descuidar el envío de los manuscritos á la comisión de publicación,—de la que solicita venia por la involuntaria negligencia.

cubración de poca valía, acabó de inspirarme valor esta como confianza adquirida con vosotros en los varios días de nuestras reuniones, las que si me han ratificado en el concepto de que sois sabios, me han dado también el convencimiento de que sois indulgentes.

A la indulgencia se acoge, pues, esta informe labor, vergonzante después de la luminosa disertación del señor Scalabrini; de la exposición del señor Toscano, hecha por el señor Quiroga, y de la del señor Lehmann, verificada por el señor Outes; de los trabajos del talentoso señor Arreguine y del científico señor Martínez; de las monografías del señor Carrasco, prueba viva del acierto con que la República Argentina coloca la aptitud en las oficinas públicas, y del señor Barros Grez, tan feliz en sus disquisiciones científicas, como en la obtención de un intérprete cual el señor Alfonso; de las lecciones del inteligente señor Cantilo y del señor Lafone Quevedo que, al contrario de los jóvenes viejos en el estudio como el señor Outes, desmiente las precoces canas con la juventud robusta de sus facultades intelectuales. Vergonzante, digo, después que hemos escuchado las prácticas y provechosas declaraciones del señor Rivarola y la importante conferencia del señor de Basaldúa. ¿Cómo no he de presentarme pequeño, ruboroso, confundido ante los elocuentes oradores que han participado en las discusiones, y de modo singular ante nuestro Presidente señor Cevallos, cuya facundia y erudición sorprenden?....

Pero el tiempo que me concede el reglamento es corto: entro en materia, señores.

Lo que necesitamos inculcar, grabar profundamente, debemos repetirlo: ciertas ideas no poseen novedad y, sin embargo, son repetidas con ahincamiento por los publicistas, por los pedagogos, por los moralistas, por los escritores, por los que se ciñen las sienes con la diadema de algún magisterio. Son repetidas, sí, á fin de que, de la abstracción de la idealidad, pasen al terreno de la práctica y aquí se radiquen, se extiendan y se obtenga el fruto, que todo hombre, que sirve al hombre y no á su propia vanidad, debe proponerse lucrar de este gran dón de Dios, de la palabra escrita ó hablada. Ni es fácil hallazgo el de la novedad: alguien ha dicho que quien descubre una idea es otro afortunado Colón que descubre un mundo.

Y esta repetición necesaria que ha de verificar el maestro, voy á realizar también yo, sin ser maestro, diciéndoos algo que sin duda no es nuevo, pero que conviene no olviden los educadores.

“Es indudable, asenté en otro breve razonamiento, que los planteles de enseñanza todos, desde los primarios hasta los superiores, deben ser tanto ó más de educación que de instrucción. Educar es hacer hombre al hombre. La educación es la ciencia, las facultades del alma, las dotes exteriores, desenvueltas, acrecidas, abrillantadas por la pulcra mano de una divinidad que, más venturosa que el real Midas del antiguo mito, convierte en luz todo cuanto toca.—Educar es tornar apto al individuo, no solo para las restringidas circunstancias del desempeño de una profesión, sino para las diarias, generales, comunes é incesantes necesidades de la vida privada y de la vida social. Y ved aquí la preponderancia de la educación sobre la instrucción: solamente en con-

diciones determinadas hemos menester al abogado como abogado, al médico como médico, al arquitecto como arquitecto: si no litigamos, si no enfermamos, si no edificamos, podemos muy bien pasar sin los auxilios del sabedor de las leyes, de la medicina, de la arquitectura; mas en todos los instantes de la existencia nos es indispensable la educación de quienes nos rodean, esto es, la dulzura de la esposa, del hijo, del pariente, la amabilidad del amigo, la cortesía del desconocido, la indulgencia del mundo entero. En todos los momentos de la vida nos son indispensables la veracidad de cuantos nos hablan, la probidad de los que nos compran ó nos venden algo, la justicia de los que nos juzgan, la virtud, en una palabra, que no sólo es la base inmovible de la República, según el ya vulgar axioma de Montesquieu, sino el fundamento esencial de una agrupación humana tal cual organizada y que no ha de sostenerse á la manera de la sociedad de los carcelarios, congregados materialmente por las murallas del presidio. Educar es sustituir con el Código del honor el Código penal; educar es, señores, aun trasmitir este brillo atrayente que se denomina cultura, sin la cual el superior hiere la dignidad del inferior, el inferior mata las consideraciones del superior, y el semejante hace insoportable la compañía del semejante, convirtiendo la sociedad en una á modo de dehesa donde las fieras humanas se disputan, á coces y amurcos, hasta el lugarcillo que cada una de ellas ocupa. Educar.... Noble labor: tornarse coartífice de Dios; completar la obra de sus palmas; pulir la estatua de barro que amasaron sus dedos, según el Génesis cristiano. Educar.... Meritoria faena: disponer al hombre para sí propio, para la familia,

para la sociedad, para la patria; purificar el espíritu con las aguas lustrales que destilan las manos del magisterio; aclarar la inteligencia con haces luminosos que descienden del cielo, no con las fulguraciones de la sanguinolenta hoja de los bárbaros de la civilización, ni con las llamaradas que ascienden, entre el humo y el polvo de las ruinas, producidas por los que destruyen proponiéndose no sé si una ulterior reedificación social."

Educuar es hacer al hombre amable y amado; es concederle la patente de felicidad llamada simpatía, con que si la naturaleza "agracia sólo á sus predilectos," la educación favorece pródigamente á todos los que la solicitan. Ahora bien ¿Podrá comunicar amabilidad el educador preponderante, díscolo, déspota? ¿Será dado que trasmita dulzura el hombre acre, tosco é inurbano?

Dulzura puede haber hasta en la, muchas veces, indispensable severidad del que educa. Con los buenos modales rara ocasión se dejará de conseguir el fin propuesto; pues susceptible es el hombre de ser movido por la suavidad hasta en el estado salvaje: se refieren muchos casos de pobladores de las selvas domesticados por la música, nadie nos ha relatado aún el de salvajes dominados por un ruido desapacible.

Dón de gentes.... Lo que así se denomina, á mi juicio, no es sino el buen corazón: la bondad que se desborda, que se hace expansiva y que se reparte, tal es el dón de gentes. Poseerlo, es hablar con alegría acerca de las alegrías del venturoso, experimentar pena por las penalidades del infeliz, no sentirse fastidiado de los que nos fastidian; es ocupar el puesto social que nos corresponde, haciéndonos perdonar nuestra dicha si somos dichosos, no mostrándola, no haciéndola

envidiar, no agravando con la ostentación la indignidad del menesteroso ni la malaventura del malaventurado, no formando de nuestros sinsabores un ambiente del cual nos empeñemos en hacer respirar y participar á los que se nos aproximan. El buen corazón, que adivina la manera de ser agradable, es el dón de gentes; pero la manera de ser agradable sin ficción, sin arte y sin estudio. El estudio ha de consistir en formar el buen corazón, no en manifestar que se posee buen corazón.

El progenitor de almas, el maestro, necesita haber adquirido la bondad, la amabilidad y las otras prendas para trasmitirlas á los educandos; y las transmitirá, á la verdad, del propio modo que el padre material traspara á los hijos hasta los cambios que en el organismo han impreso la profesión ó las habituales ocupaciones.

Es imposible acercarse también á ella insensiblemente en los pensamientos y en las acciones. El poder del ejemplo es no pocas veces decisivo; por eso son tan útiles las biografías de los hombres virtuosos.

El preceptor debe ser un modelo de cuanto enseña; pues en él se modelarán los discípulos: en la inteligencia, saber, costumbres, y hasta en la locuela y maneras peculiares. Sea por tanto ejemplar. Dechado perfecto, sin tacha, tiene obligación de ser el que se dedica á la grandiosa labor de formar hombres. . . . "Formar hombres, esto es, según expresé otra ocasión, prepararlos para sí mismos, para la familia, para la sociedad. No

en el misterioso secreto del seno materno el hombre empieza á formarse hombre: comienza en la escuela, donde el sacrificio, los vencimientos, el estudio, el trabajo en una palabra, desbastan el informe material que el padre de familia ha confiado á un operario de seres, que los tornará útiles para sí propios, para los parientes y para la patria. El colegio prosigue la importante obra: allí, en esa pequeña República, hay ya mayor oportunidad para que los espíritus se labren como los diamantes en el roce de unos con otros; allí el profesor puede encaminar tendencias que se muestran, índoles que se desenvuelven, aptitudes que se revelan de un modo incontenible; allí, además, el contacto de individuos de caracteres diversos y de intereses acaso incompatibles, de individuos cuyo mutuo apoyo puede levantar, cuyo caudal común de aspiraciones y de sentimientos compartidos puede engrandecer, cuyas pasiones adolescentes pueden hacerse sentir quizá con violencia, prosiguen formando al hombre; allí el educando, si no se ha resistido al pulimento, es ya un boceto de hombre que, recibida una nueva mano en la enseñanza superior, en los estudios profesionales, podrá presentarse hombre en el palenque donde cada día ha de mostrarse armado con el carácter, que se templó en el hogar, escuela, colegio y universidades."

Los educadores tienen que ser un perenne ejemplo vivo: la más pequeña falta en ellos entraña siempre el carácter de escándalo.

Por los ejemplos de la verdad, de la justicia y de la benevolencia, el maestro prepara à los dis-

cípulos para un razonable optimismo, que les hará felices y que, disponiéndolos favorablemente respecto de sus semejantes, contribuirá también de manera poderosa á la felicidad de la familia, de los amigos, de todos cuantos traten con las gentes así benévolamente dispuestas desde la infancia. Se criará en los jóvenes un temperamento de alegría, de predisposición al bien, en resumen, de bondad, que constituirá al ciudadano, no sólo honorable y útil, sino agradable, suave, dulce; tan capaz para la difícil aptitud de ser gobernado, como para la no fácil ciencia de gobernar y gobernarse; humanitario, compasivo de las ajenas desventuras, partícipe de los goces ajenos; modesto en la grandeza, no agriado en la adversidad; sin tedios ni desfallecimientos; desposeído de envidias y odios; resignado en el pesar, contento con la carga de la existencia. Se obtendrán corazones risueños, que contagian sanamente la sonrisa y la satisfacción á otros corazones; que concentran dentro de sí la claridad del sol y las alegrías de la naturaleza, para repartirlas á los demás, acrecidas por el reflector de un alma sin sombras ni opacidades

Por los malos ejemplos, al contrario, la mentira, la injusticia, la malevolencia se propagan, reinan, se perpetúan como las afecciones contagiosas, inoculándose de unos en otros, transmitiéndose por herencia, por contacto, por infección; enfermando, postrando, matando los espíritus, á modo de ciertas enfermedades virulentas que producen deformaciones y cicatrices indelebles, cuando han respetado la existencia,—inutilizada ya, por otra parte, para la sociedad y el individuo. Cicatrices de crimen, siquiera de misantropía ó de pesimismo, que constituyen á aque-

llos infelices, que parece que se vengan en sus semejantes de los dolores de la propia alma; que reparten una porción de la amargura, de la cual rebosan, en el trato del hogar y de la amistad; que llevan un *rayo de tinieblas* á la felicidad ajena; que castigan, al parecer, el delito de la dicha en los sanos de esas crueles morbosidades del espíritu.

Ah! La resonancia de la cátedra del ejemplo.

Con pena he visto no há mucho, en un cuadro estadístico, que los crímenes y delitos aumentan entre gentes no analfabetas. Podría asegurar, señores, que estos malaventurados tuvieron por maestros hombres malos. El sér humano, esencialmente propenso á la imitación, recibe de aquella cátedra las lecciones del bien; pero por desgracia con mayor facilidad las del mal, á que le inducen los ingénitos instintos del bruto humano, que hasta los individuos más privilegiados llevan latente dentro de sí mismos.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El maestro ha de hacerse amar; pues el niño odia la enseñanza que le da un profesor odiado, ó en otros términos, el amor á la ciencia principia por el amor al maestro. Sí: debe hacerse amar; pero aun necesita más hacerse estimar, esto es, hacerse digno del amor de los discípulos y además de su aprecio. Lo cual ha de conseguir también, no tanto con las lecciones orales, cuanto con las elocuentes del ejemplo.

Sea, en primer lugar, justo. La carencia de la justicia, con razón nominada conjunto de todas

las virtudes, deja un abismo moral tan grande, tan profundo.... como que faltan ahí todas las virtudes.

Hay en el hombre, así como los gérmenes del vicio, simientes de virtud integrales de la misma existencia, que cada cual siente en sí, como cosa natural, sin preocuparse con ellas, ni menos fomentarlas. Una de estas simientes espontáneas, una de estas propensiones indeliberadas, uno de estos sentimientos nativos, y quizá el principal, es el de la justicia: el niño la comprende desde el primer albor de la razón, la discierne, la busca en los demás, la acata. El premio que no le es debido, no le merece estima; el castigo, siquiera leve, con lesión de la justicia, le hiere por sí propio, dirélo, y más aun, incomparablemente más, acaso hasta sin darse razón de ello, por la profanación de ese algo sagrado: por aquel á manera de sacrilegio, que ve cometer al sacerdote del magisterio, respecto de la divinidad cuyo altar está en el corazón del niño, y que con mayor motivo debe recibir fervoroso culto en el corazón del educador.

La despiadada lección de un ejemplo de injusticia, ó hará injusto al educando víctima de ella, ó si triunfan los buenos instintos y la educación ulterior vence las inclinaciones al mal, quedarán cuando menos, si no los efectos inmediatos del quebrantamiento de la justicia, una memoria dolorosa, la pérdida de fe acerca de la virtud y de los hombres.

Los maestros son los primeros jueces que el niño encuentra en el mundo: sean, pues, probos, desapasionados, justos. Son tal vez los preceptores de un juez futuro, alecciónenle con la justicia inflexible. Son la muestra viviente acaso de

un gobernante, enséñenle á gobernar con justicia, quiere decir bien. Son el ejemplo por lo menos del que será padre de familia, muéstrenle la manera cómo el hogar no ha de ser la antecámara de los presidios. ¡Ay de vosotros los injustos, sembradores de una planta tóxica que cundirá en el fértil suelo del mal! Vosotros sois responsables de lágrimas, de sangre, de desventuras magnas y trascendentales.

Otra forma de la justicia es la verdad. ¿Cómo inculcará las ciencias, que asimismo son verdad, el que no la ama, no la respeta, no la reverencia? Mentir es enseñar la mentira: negra lección, lóbrega enseñanza la del triste, que quizá posea talento é ilustración; pero que, si no dice verdad, va en contra de la alta estima que merece la dignidad humana.

Por la justicia, por la verdad, por la paciencia, por el cumplimiento del deber, haceos dignos de premio, oh educadores; mas no esperéis el premio. Si os lo conceden, se dirá que se os ha otorgado lo merecido; si no lo obtenéis, se pensará al menos que lo merecíais y que no os lo otorgaron: con lo que brillará aún más vuestro merecimiento.

Allá va un niño. Sus padres han creído necesario adestrarle para no sé qué menester de la vida, y separándolo de su lado y protección, lo mandan á recorrer un camino largo y penoso, entregado á la solicitud de un mentor que le guiará, le aconsejará y le prodigará los cuidados, ya que no las caricias, á que los padres le tienen acostumbrado.

La separación de la casa paterna fue dura: el arrancamiento de junto á la madre y á los hermanos no se hizo sin acerbo llanto. No más agasajos, no más comodidades de la alegre casa propia. La senda que hay que seguir es áspera; las inclemencias del cielo, desde el primer instante, hacen al niño suspirar por el techo solariego. Allá va, abatido, lacrimoso, sollozante; pero le acompaña un protector á quien, por saber más que los padres, éstos confiaron al hijo, protector que naturalmente debe de poseer un corazón de ternura exquisita, cuando adopta por hijos suyos los que se depositan en el asilo abierto de esos brazos extendidos hacia la caridad ó la filantropía; él cuidará, no tanto que los guijarros y espinas de la senda no lastimen el cuerpo delicado del protegido, cuanto que no padezca heridas la infantil alma del huérfano temporal, cuyas lágrimas ocultas, cuyos sollozos interiores debe de adivinar, y que indudablemente adivina el protector, tras la mal simulada impasibilidad de un rostro no acostumbrado aún al fingimiento.

Allá va el niño. Los padres quedan tranquilos, casi contentos, de haber comenzado á mirar por lo futuro del sér á quien dieron la existencia, no solicitada, ni acaso aceptada si hubiese sido consultado antes de nacer el *favorecido*, á quien tienen que satisfacer adelantadamente por los dolores á que le condenaron al llamarlo á la participación de los amargos dones de la vida

Allá va; pero ¡ay! El padre aquél no es un padre al menos de aquel pequeño, grande ya en su desventura: á quien no guía, no señala los tropezos del sendero, no levanta si cae; la oscuridad de la vía es aumentada por las tinieblas del

moral aislamiento; el frío de la intemperie está acrecido por el hielo de egoísmo. Ese que se comprometió á tener abnegación de padre, á ser padre, calcula que la juventud, la simpatía, las mayores aptitudes acaso del niño, pueden perjudicar al mal hombre, respecto de la estima ó de las preferencias de las gentes que los hospeden ó que siquiera encuentren en el trayecto; la perfidia despliega las horribles alas de ave infernal, y el desvalido, ahí bajo el monstruo, es á modo del corderillo sin madre sobre el cual se cierne el buitre andino.

¡Niño cuitado! Van á enseñársete prácticamente la injusticia, la crueldad, la perversidad. Van á hacerte tímido; se está matando en tí el asomo del vigor indispensable para todos los trances de la vida; están, en consecuencia, impidiéndote ser digno, independiente, libre: están poniéndote la marca infamante de esclavo de la tiranía de todos.

Si algo aprendes, en verdad, será el odio y la venganza, ó el disimulo y la mentira. Las fuerzas naturales del desenvolvimiento de las facultades del espíritu han sido cortadas y cauterizadas: ya no crecerán. Este ha padecido una hórrida mutilación que, como á los *eviratos* de la Capilla Sixtina, le conservará perpetuamente niño adulto, sin más voz en la existencia que la aguda, femenina, infantil, apropiada para los lamentos y la expresión de los dolores.

Y esto si el guía aquel no hizo de tí un malvado. Triste acontecimiento, trascendental evento: sin merecerlo, sin culpa alguna, quizá más bien á causa de las cualidades que suscitaron la letal envidia, malear, dañar, corromper al niño, al adolescente, al ciudadano, al padre de familia, al

anciano, al patriarca, al tronco de generaciones venturas, sucesivas, eternas, eternamente envenenadas con el tóxico de las transmisiones originales de la humana perversidad.

Al mal denominado maestro, cuya apariencia de hombre encubre un antro, ha cabido la miserable destinación de ser, para las generaciones de almas, lo que el trasmisible germen de las enfermedades hereditarias: tisis, sífilis, lepra de la parte noble del ente humano.

La noble emulación, que nos incita á imitar las buenas acciones y aun á excederlas, debe ser estimulada por el educador, tanto como ha de vigilarse que no crezca, que no nazca, que no se anuncie siquiera la envidia, tenebrosa pasión en que aquella puede degenerar; supuesto que es ley de la imperfección de la naturaleza que, como precipicio de toda altura, el bien y el mal tengan linderos que casi se confunden.

La envidia, vil pasión que hace más infeliz al envidioso que al envidiado; que cual un incendio, quema, destruye, consume, pero quemando, destruyendo, consumiendo lo mismo que lo fomenta.

Del propio modo, estimúlense la buena] elación, cuidando que no exceda hasta trocarse en soberbia, y el punto de honra, vigilando que no toque los límites del orgullo. ¡Cuánto tino há menester el domesticador de fieras; cuánto lo necesita el domador de pasiones!

Las pasiones no son gobernadas nunca sin ser anárquicas; ni gobiernan jamás sin ser despóticas.

Orgullo, soberbia, envidia No ha de enviarse sino la virtud, y esto no con la pesadumbre de que nuestros semejantes la posean, sino con la pena de no tenerla nosotros. Soberbio, orgulloso, no ha de ser el hombre más que para elevarse sobre sí mismo, y no para pretender elevarse sobre los demás; y entonces la envidia, la soberbia, el orgullo,—pasiones antes como cataratas terribles, hinchadas de vana espuma,—prestarán dócilmente, servicios provechosos, encauzadas, sometidas á la energía educada, á una voluntad ilustrada, y si se me permite el pleonismo, al justo y razonable empleo del juicio y de la razón. Entonces serán como las agitadas ondas del Océano, que impiden la putrefacción del estancamiento, y son susceptibles, á más, de magnas aplicaciones de grande utilidad.



Solemos atribuir, no raras veces, equivocadamente á mala índole del educando la resistencia á recibir educación. La mayor parte de las ocasiones debe atribuírse á ineptitud del educador. No pocas, sin embargo, los defectos han sido incoados en el hogar, por el mal ejemplo de los padres ó al menos por su descuido; pues infortunadamente hay muchos huérfanos de padres vivos.

En tal caso, corresponde doble labor al que ejerce la noble ocupación de maestro: desarraigar los vicios adquiridos y reemplazarlos por la simiente del bien.

Ah! Padres. Descuidar la educación de los hijos y dejarlos á recibir la que les den los domés-

ticos, es criar domésticos y no hijos; por esto hay familias de antepasados hidalgos con descendientes aptos sólo para lacayos.

Creen algunos padres,—error de funestas consecuencias,—que hasta cierta edad puede dejarse al niño en el abandono, con tal que se le comience á educar cuando despierte por completo la razón. Lamentable error, sí. Estaríamos en lo cierto si creyésemos que muchas pasiones empiezan precisamente por la falta de razón, moderadora natural de los instintos torcidos. No se ha de olvidar, además, que las pasiones se ponen adultas antes que el adolescente deje de serlo.

Los educadores no versados en su compleja y delicada profesión, incurren aún en otras equivocaciones todavía de mayor monta, tocante á distinguir y calificar las aptitudes y condiciones de los educandos.—Permitidme que me extienda algún tanto acerca de este punto, acaso no tratado por los educadores.

Sucede, singularmente en las ciudades de Hispano-América,—que no presentan comodidades á los jornaleros, á los menestrales ni aun á los artesanos,—que ocupan habitaciones comunes, promiscuas, niños, hombres, mujeres, parientes y extraños; habitaciones de vecindad estrecha con otras, ocupadas asimismo por apretadas agrupaciones de gentes de distintos sexos y edades. El patio siempre, muchas veces la calle, son el único campo amplio, donde los vástagos del comprimido semillero, esas como segmentaciones de aquel todo compacto, niños, adolescentes, púberes, aspiran aire, dan movimiento á los músculos, se entregan á los juegos de la edad ¿Qué debe resultar del íntimo roce, del injerto de individuos de familia y extraños, de la compresión de carne entregada al

calor de la fermentación acaso pútrida de todas las pasiones? ¿Qué de los ejemplos mutuos, conversaciones y pasatiempos de esos desheredados de protección y de consejo? ¿Qué de los espectáculos de una calle apartada, de un barrio de miseria, falto en absoluto de la menor sombra de higiene moral y de higiene material? ¿Qué ha de resultar de ese *caldo de cultivo* de bacterias humanas? ¿Qué, sino infección y muerte para las sociedades?

No temáis. Por el respeto que merecéis, no os presentaré una muestra nauseabunda, un detrito de aquella podre; pero sí voy á haceros considerar el cuadro, en un pormenor y por un aspecto que, conforme expresé antes, tal vez no ha sido atentamente mirado por los educadores.

Un niño desarrollado y desenvuelto (empleo mal los vocablos: ni desarrollado ni desenvuelto) en las tristes condiciones descritas, si por ventura va á la escuela ó al colegio, lleva, prescindiendo de las enfermedades corpóreas y espirituales, que prometí no mostraros, lleva, digo, una perspicuidad sensoria, una agudeza prematura, una viveza precoz, un conocimiento tempranero de las cosas oscuras de la vida que, por cierto, no poseen los hijos de padres cuidadosos, los habitantes de un hogar recatado, donde los tiernos sentidos, la naciente razón y la inteligencia que despunta, no han encontrado el pródigo abono de un estercolero, que les hiciese germinar de prisa, entremezclados con los hongos venenosos de una precocidad morbosa.

Apenas el niño delicado podrá vislumbrar la significación de una frase, clara, obvia para los precoces omniscios; y la honrada ignorancia, la plausible inocencia de aquél será motivo de bur-

la de parte de éstos omnisapientes del mal; sin que sea imposible asimismo que un preceptor irreflexivo califique de inteligente al poseedor de maduración precoz, confundiéndola con la sana madurez, y de incapaz al que, conforme los espaciosos pero sabios procedimientos de la naturaleza, desenvuelve de grado en grado las potencias intelectuales,—con la lentitud con que se sazona, adherido al árbol, el fruto que no tomó en agraz una mano impaciente para someterlo á medios artificiales y acaso nocivos, que apresuren un preternatural maduramiento.

Así podemos explicarnos cómo personas tenidas por aptas en las escuelas y liceos, no dejan después huella alguna á su paso por la vida social; mientras ótras, que quizá no fueron de la predilección de aquellos desatinados educadores, demuestran aptitudes que las colocan en la envidiable jerarquía de hombres útiles á sus semejantes.

Es cierto también que alguna vez lo que engaña á los preceptores de exigua capacidad ó de estrechez de miras, es la misma carencia de decoro ó dignidad de educandos, que han aprendido desde temprano los artificios de la ruin adulación y de la pérfida lisonja, y se bienquistan con el superior, gracias á estos soeces medios y hasta merced á chismes y calumnias contra los condiscípulos; consiguientemente el alumno hidalgo y digno padecerá postergaciones, honrosas á la verdad ante los ojos del propio decoro, pero depresivas ante el criterio ciego de los demás. ¡Cómo la escuela, el colegio, la universidad son ya una republiquita, con sus pasiones, miserias y mezquinidades!

La constancia en lo que se emprende es el talento ó mejor dicho las aptitudes de algunos individuos, que acaso sin poseer muchas de ellas, llegan á ser notables por cierto concepto, ricos, eruditos y tal vez sabios, si la sabiduría consiste sólo en saber mucho.

Más realiza el hombre de mediana inteligencia, pero constante, que el sujeto de grande capacidad, pero desprovisto de perseverancia; y esto se explica bien, pues el primero hace, mientras el segundo nada se propone y si algo comienza á verificar, lo deja de la mano en breve. ¡Cuántos libros se han comenzado á escribir y no han pasado de la cuarta página; cuántos caminos, cuántos edificios se han principiado á construir, y á nadie sirven porque no se terminaron, después de gastadas no pequeñas sumas de dinero; cuántas empresas fenecen antes de rendir provecho, todo solamente por la flaca inconstancia de los empresarios!

Exceptuada la carencia de talento ó sentido práctico, la falta de persistencia en los intentos ó de firmeza en la ejecución de las cosas, se ha dicho que, por desventura, es uno de los defectos más comunes y trascendentales de algunos pueblos de nuestra raza; y ya por este motivo especial, ya por lo indispensable de la perseverancia en las empresas, no debía ser olvidada la recomendación á los educadores de dar lecciones de una virtud, que ellos mismos han necesitado y necesitan á cada instante cultivar con esmero, para sostenerse sin descaecimientos, flaquezas ni debilidades en las no pocas veces penosas labores de la enseñanza. ¿De qué pueden servir la más perspicua concepción, la más fecunda iniciativa, los más apropiados y eficaces medios para una

obra, si la volubilidad, lo tornadizo de una voluntad endeble, si la inconstancia en una palabra anonada aquellos importantes elementos de un algo provechoso para la agregación humana ó para el propio individuo?

Lo débil de la voluntad, no raras ocasiones, pudiera provenir de lo enclenque de un organismo ingénitamente mezquino ó de desarrollo suspendido por la privación, los dolores ó las enfermedades. He aquí una de las razones por qué con plausible solicitud se recomienda hoy vigorizar el cuerpo, á fin de que no falte al espíritu en la verificación de lo que éste ordene.

Las herramientas y más menesteres del oficio constituyen en gran manera el oficio: instrumentos perfectos contribuirán á la perfección del artefacto, instrumentos toscos harán burda la obra. El cuerpo, instrumento del alma, no ha de ser descuidado: desarróllesele, robustézcasele, hágasele hermoso á ser posible.

Realícese la fábula de Pigmalión: un cuerpo perfecto, obra cumplida del artista, vivificada, animada ex profeso por un dios.

Hay quienes atribuyen á la familia teutónica una superioridad muy grande sobre la latina; superioridad consistente, á juicio de los que de tal manera opinan, entre otras causas, en el predominio del sentido práctico de los tungros y anglo-sajones sobre la fantasía, la imaginación, el idealismo característicos de la familia del Lacio.

Qué haya de cierto en la proposición, no sé yo quien lo resuelva; pero sí me atrevería á afirmar que, más bien que condiciones congénitas, son adquiridas, de educación y de costumbre, las determinantes de la expresada predominancia,—sin que sea de negarse, no obstante, la influencia que

ejercen sobre el individuo y las asociaciones humanas, las peculiaridades genéricas de las razas, así como el influjo del medio ambiente, físico y moral, en que nacen, crecen y se educan los habitantes de las diversas naciones del globo. Así en los Estados Unidos de América, revuelta mezcla de gentes de variada procedencia, observamos la adaptación completa á las comunes circunstancias, hábitos y modo de ser nacional, de parte de los inmigrantes cosmopolitas, ó al menos de los hijos de éstos, nacidos en los pueblos de la Unión.

Quiere decir que se puede lograr una feliz hibridación de las eximias cualidades de nuestra raza con las útiles de las ótras: de la imaginación é ideales elevados de la úna, con las aptitudes prácticas de la ótra, haciendo una sabia fusión del exagerado positivismo brutal y de la enfermedad idealidad abstrusa, de la idoneidad especulativa y de la suficiencia positiva: primoroso consorcio de aspiraciones y esfuerzos, de desenvolvimiento y desarrollo, de cultura y adelanto, de civilización y progreso; de idealidad é impulso para las conquistas del compuesto humano, del arte y de las artes, de la ciencia de los principios y causas y de las ciencias exactas, de lo abstruso y de lo sensible, de lo ideal y de lo real, en resumen, de lo espiritual y de lo corpóreo.

Napoleón decía de Laplace "que todo lo hacía problema:" he aquí el carácter de los poseedores de ingenio discurrendor, sutil, divagador. El sentido práctico no encuentra problemas en lo que se le presenta, sino que resuelve los problemas donde se le presentan.

Mas, sea lo que fuere, señores, niego la preponderancia de ninguna raza sobre la que ha recogido en sí, desde la antigüedad, las culturas de

los pueblos más cultos del universo: de Grecia y Roma, de sus renuevos prepotentes Francia, España, Italia y nuestros países latino-americanos, titanes infantes. Niego, sí, superioridad alguna sobre la raza que, realizando prodigios en el arte y en la ciencia, ó mejor dicho, llevando el arte y la ciencia en la sangre de áticos y romanos, si hubiese degenerado acaso, habría degenerado como los linajes reales, por los entroncamientos de sangre regia con sangre regia.

Comunicar á los ciudadanos de lo futuro sentido práctico, constituirles idóneos para los negocios, quiere decir, para la vida acuciosa del hombre del siglo actual, es hacer obreras á todas las abejas de la colmena humana. Es aleccionar, habitar, connaturalizar con el trabajo, que no sólo produce el prosaico resultado de proporcionarnos dinero, sino principalmente el de ocupar el tiempo, tesoro del que se apoderan los vicios si lo abandona el trabajo.

¡Trabajo, santa imposición al hombre, pan de la familia, provecho de la sociedad, plegaria aceptada á Dios!

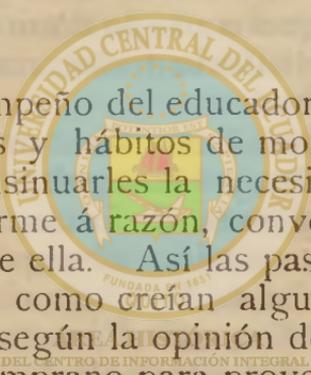
Él, el trabajo, posee el secreto de domar los malos instintos, de reglar y arreglar la existencia, de disciplinar el intelecto y la voluntad para adecuarlos al bien particular y general, de convertir los ideales en acción, de enseñar á dominarse á sí propio y por consiguiente á los demás, ya que el imperio sobre sí mismo es el imperio sobre los otros.

Él nos hace cooperar en la grandiosa labor del progreso de la humanidad, inconmensurable edificio del que todos tenemos la obligación de ser operarios, aun cuando no sea más que como portadores de un gránulo de arena.

Los pueblos ó los hombres que decaen, creen que el trabajo degrada: Pedro el grande hizo merecedora de corona la frente que acostumbró en el taller al noble sudor del trabajo, y aumentó así el número de los brillantes de la diadema imperial con los diamantes del merecimiento.

Tan mísera es la existencia, que la felicidad es una cosa negativa, la tranquilidad: día tranquilo, día feliz. Y esta tranquilidad no puede ser dádiva sino de la ocupación: nadie pasa horas más agitadas que quien rehuye el trabajo.

El trabajo, el-trabajo, más premio que deber.



Primordial empeño del educador ha de ser el de imbuir en ideas y hábitos de moral á los educandos, esto es, insinuarles la necesidad de pensar y obrar conforme á razón, convenciéndolos y persuadiéndolos de ella. Así las pasiones, ni malas por sí mismas, como creían algunos filósofos; ni buenas por sí, según la opinión de otros, serán educadas desde temprano para provecho del ciudadano y de la República; no se les permitirá desarrollarse bozales, tormentosas, para malaventura del individuo y de la sociedad.

Las pasiones, sí, pueden, deben ser aplicadas al bien, ya que son á modo de los explosivos, así apropiados á las obras de la civilización en poder del cuerdo y del bueno, como para las tareas de la barbarie manejadas por el loco ó el criminal.

La sociedad es un edificio vivo que se renueva incesantemente y brota renovado desde las basas formadas por las nuevas generaciones, los niños, pedrezuelas ó moléculas de cal y arcilla, que

ya permanecerán escondidas, pero llenando su importante destinación allá en lo interior y oculto del cimiento, ya se presentarán más ó menos visibles en la porción que se yergue sobre aquella humilde aunque principalísima parte de la construcción. Es menester que sin descanso se elabore, se pula y se perfeccione el material; no con la desatención de quien se ocupa en lo fútil ó accesorio, sino con el exquisito cuidado de quien se preocupa con asunto serio y primordial.

El orden es el concierto en la República y la armonía en la sociedad; es la buena disposición en el retirado pero fundamental gobierno de la familia; es el modo de hacer á regla lo que se hace, tanto lo magno como lo diminuto, así lo que influirá en la felicidad común, como en las comodidades individuales.

Si los educadores acostumbrasen á los educandos al orden y á la regularidad, por ventura se conseguiría, á más de formar el recto ciudadano, formar el recto patricio: el respetador de la moral, de las creencias, de las instituciones, en resumen, del orden público; no el revoltoso maniático, indiscreto é impertinente agitador del problema opaco de lo imprevisto, esperanzado con hallar algo favorable en el mortífero turbión, cuyo único efecto seguro es el daño y el desastre.

Nacidos á la emancipación política por gracia de la revolución, llenos algunos de nuestros pueblos de gentes de armas necesitadas de ejercer su oficio, establecida la normalidad de lo anormal, la autoridad sin autoridad, sin hábito de respeto á nada ni á nadie, el orden y la paz son imposibles en varios de nuestros países. ¿No será dado á los educadores combatir el tremendo mal que nos anonada? ¿No será de su incumbencia reemplazar costumbres le-

tales por costumbres vivificadoras? ¿Hacer que desaparezca el espíritu levantisco, curarnos de las convulsiones de esta epilepsia moral que nos agita, poner á las sociedades delirantes, no raras veces furiosas, la camisola de fuerza de la sensatez y de la cordura? ¿No será posible hacer más acatadas la sabiduría, la inteligencia y la moderación, que las brutalidades sin freno de increíbles despotismos y humillantes tiranías? ¿No están criando fieras los que veneran á las fieras? ¿No podrán los educadores hacer que radiquen en el alma de los futuros patricios el acatamiento á las leyes, á los propios deberes y á los ajenos derechos?—Sin libertad electoral, fuente de vida de la República, sin respeto á la constitución y á las leyes, á la ilustración y al talento, los hombres forman grey y no sociedad. Infúndase un no contrahecho amor á la patria, fundándolo en el amor al orden, á saber á la paz, que es adelanto, progreso y civilización. Seamos, por fin, revolucionarios contra las revoluciones.

Medio de ahorrar la mitad del trabajo que se emprende es verificarlo con método: donde él no asiste, como nos enseña la filosofía, no es posible ni hallar la verdad. El orden acrece el tiempo del que lo necesita, y nos hace aprovecharlo hasta en sus más pequeñas fracciones, los segundos; nos permite no desperdiciar ni una hilacha del “estambre de que está tejida la existencia,” como Franklin, si no me equivoco, definía el tiempo.

El orden es la economía de éste, del dinero y quizá también de los esfuerzos.

El método comunica firmeza y vigor á las empresas; pues el hombre ordenado sabe lo que emprende, cómo lo emprende y sobre todo cómo ha de concluirlo. Procede conforme á prudencia:

piensa maduramente en el fin, prepara los medios y sólo entonces pone mano en la obra, adapta á ésta el tiempo y los recursos, adecua las propias aptitudes á la labor y no se extravía en el laberinto de lo ignorado ó de lo imprevisto.

Desde el repúblico colocado en la altura para regir á sus semejantes, hasta el menestral que gana su mendrugo en la penumbra de la humilde faena, necesitan método para que los esfuerzos de la soberana inteligencia ó del mortecino destello de razón no sean inútiles ó dañosos, como los estériles giros del torbellino ó los fieros impulsos del huracán.

De tal modo, señores, el niño, el adolescente, el adulto, criado en una límpida y saludable atmósfera de veracidad, rectitud, benevolencia, justicia, orden, moralidad en una palabra, será un *hombre*, voz con la que de caso pensado reemplazo á otra que es un título: *caballero*. Aun cuando no debería recelarme de emplearla como impropia de una democracia; pues justamente se han eliminado los títulos en las Repúblicas, porque en las Repúblicas todos los ciudadanos deben ser dignos de ser titulados. Forma de Gobierno en que todos son nobles ha de ser, á la verdad, la que estimula á todos los ciudadanos á aspirar á los primeros puestos del Gobierno.

Ser caballero, además, no es ya ser hidalgo de calificada nobleza, cual se definía antes el vocablo; sino ser hidalgo de calificada virtud ó sea de esmerada educación.

Señores, permitidme que describa cómo comprendo al educado, al caballero, al *hombre*: incapaz de una injusticia, de una mentira, de una bajeza; celoso de la honra así en la vida pública como en la privada; cumplidor estricto del deber;

desinteresado; presto á servir, sin engreimiento ni humillación, á la patria y á los conciudadanos; temeroso sólo del deshonor; escrupulosamente respetuoso de la dignidad humana en sí y en los demás; severo consigo mismo, indulgente con sus semejantes; amable y culto por benevolencia, no para ostentar cultura y amabilidad. Esto, señores, es no solamente correr por el cuerpo glóbulos de sangre noble, esto es circular en el alma torrentes de sangre regia.

Más delicada, si cabe, la educación de la mujer, la primera maestra del hombre en la dulce escuela del hogar, le corresponde de manera especial la atención prolija, esmerada, de los Gobiernos y de las sociedades. La madre no es la cantera bruta que entrega al taller la piedra de la cual el artista puede hacer surgir una estatua al contacto maravilloso del cincel del genio. Nó: entrega ya el fragmento, la porción, el algo de sí misma, desbastado, labrado, diseñado para el bien ó para el mal.

Pocas relativamente son, á la verdad, las mujeres que han escrito libros; pero madres fueron las que, teniendo sentados en sus rodillas, enseñaron á leer y á formar letras á Homero y á Jenofonte, á Virgilio y á Tácito, á Shakespeare y á Milton, al Dante y á César Cantú, á Luis de León y á Cervantes, á Camoens y á Herculano.

Aun más pocas las que han entusiasmado desde la tribuna y arrancado aplausos á las multitudes; pero Demóstenes, Cicerón, Mirabeau, Bossuet y Castelar aprendieron á balbucir las

primeras palabras de los labios de las madres, primeras maestras de elocución, primeras intérpretes, primeras aplaudidoras de la filial elocuencia, elocuencia de las sonrisas, del llanto, del quejido, de la vaga mirada, que se pierde en el espacio todavía no comprendido ni siquiera conocido.

No son muchas las inmortalizadas por manejar pincel ó buril inmortales; mas ellas esbozaron, modelaron, pulieron el alma artista de Miguel Angel, de Rafael, de Murillo y de Cánova. Los besos de ellas en las frentes de los hijos infundieron el calor del arte y encendieron la imaginación y el ingenio.

Todavía menos las guerreras, que dislocadas de su puesto y deformadas en su naturaleza, se han mostrado á la vislumbre de la sanguinolenta gloria de las batallas; pero ellas, las madres, aleccionaron á Federico, y Napoleón, y Nelson, y Wellington, y Bolívar, y San Martín, y Washington, y Sucre; por ellas conocieron la patria y aprendieron á amarla y á ser héroes.

No se citan muchas que hayan gobernado las monarquías y no se cita todavía ninguna que haya presidido en las Repúblicas; no obstante, puede afirmarse que no pequeña parte de los aciertos de los gobernantes son debidos al consejo, á la prudencia, al influjo, á la insinuación, al cariño omnisciente de una madre, á la sensatez de una esposa, á la présaga ternura de una hija, que, merced al derecho divino del amor, gobiernan á los que gobiernan.

Y puede asegurarse, en todo caso, que aun cuando pocas las mujeres sabias, elocuentes, guerreras, estadistas, son muchas, incomparablemente en mayor número que los hombres, las que tienen más, sin comparación, más virtud que los hom-

bres; y hasta estoy por aseverarlo, aunque nos duela á los del otro sexo, que es menos raro el talento mismo en la mujer que en el hombre. En los prolongados años de estudiante y en los varios lustros de superior he tenido ocasión de comprobarlo: no todos los profesores que he conocido poseían talento, ni la mayor parte de los discípulos gozaban de esa clara vista del espíritu; á trueque de esto, la mayor parte de las mujeres con que he tratado han sido poseedoras de diáfana y hasta perspicua inteligencia.—Resumiendo: en corazón nos vencen, en cerebro no nos son inferiores.

¿Porqué la caballerosa y galante raza latina coloca á la mujer en un lugar mucho más bajo que al hombre? ¿De dónde proviene que, mientras la incienso en un altar de apariencias, la juzga incapaz de participación en los negocios serios de la vida?—Y precisamente el acierto en el consejo, la probidad en el juicio, el atinado discernimiento, la claridad en la dilucidación de las cuestiones arduas que les sometemos, respecto de los asuntos domésticos y aun de los de mayor trascendencia, nos prueban la suma de aptitudes que poseen y que el orgullo del hombre desaprovecha, quizá por la vanidad de creerse rebajado al acudir al talento, á la perspicuidad, á la instintiva adivinación de que parecen estar dotadas á las veces la madre, la esposa, la hija, la hermana.

Que la mujer pueda valerse á sí misma,—en este sentido seamos *feministas*,—pero sin que pierda sus encantos; esto es, que, en realidad de verdad, sea la compañera del hombre, su mitad y su complemento. Deje de ser la *muñeca adorable*, que decía un escritor, y sea mujer; mas no se extralimite, no pase á ser hombre: cosa que tole-

rariamos sólo si tuviesen que casarse entre ellas.

El amor que les profesamos fúndese en la estimación, no en la compasión que inspira una debilidad, que existe más en nuestro orgullo que en su naturaleza.

Es menester que sembremos veracidad, rectitud, justicia, orden, moralidad en la inteligencia y en el corazón de las que tanto crían nuestra carne y nuestra sangre en el misterioso laboratorio de su seno, como engendran las virtudes de las almas de los hijos.

Esmerémonos en la educación de las que educan á los educadores.

La primera educación la dan, en verdad, las mujeres, así como á ellas corresponde también el pulimento y adorno, es decir, la última mano de la misma educación: no sólo respecto de las hijas sino tocante á los hombres. Queda aún cierta dureza, algo de basto en el púbero que acaba de salir de las aulas; rudeza y tosquedad que desaparecen en el contacto con las matronas, con las damas cultas, con las jóvenes bellas. La cortesía, la urbanidad, las exquisitas maneras no se obtienen casi nunca del roce con los camaradas, compañeros ó amigos: se adquieren en el trato suave, afable y educador de la bella y dulce mitad del género humano; de la propia manera que el gusto al arte no se logra sino en la contemplación de los objetos de arte y en el contacto, digámoslo así, de nuestros sentidos, de nuestro gusto, de nuestra alma con las bellezas de la naturaleza, con lo ideal, con lo criado por el genio.

Os he encarecido, señores, la importancia

magna de la educación y de los educadores. Si se me preguntase cuál es el hombre más digno de general estima, acaso os contestaría que el maestro: si él prepara á los ciudadanos para los ciudadanos, á los semejantes para los semejantes, al hombre para el hombre y para sí mismo, el maestro es la persona acreedora á la mayor estimación de la sociedad; si los patriarcas, si los padres reciben, y con justicia, la veneración de las gentes, los profesores constituídos en la alta autoridad de aleccionadores de los futuros padres y patriarcas, merecen singularmente nuestro respeto y consideraciones. Adeudámosles, además, gratitud: ¿Somos útiles á la sociedad en que vivimos? ¿Poseemos una profesión ú oficio que, más que suministrarnos un sueldo ó una renta, nos proporcionan independencia, dignidad, decoro? No lo olvidemos: el preceptor que nos enseñó á conocer las primeras letras, puso las bases á esa utilidad, á esos oficios ó profesiones que nos permiten ser decorosos, dignos é independientes; útiles á la República; considerados por nuestros conterráneos; providencia del hogar, donde la holgura, quizá la comodidad, acaso la riqueza, se deben á nosotros, irradian de nosotros, que tuvimos la buena fortuna de haber concurrido á la escuela, de haber asistido á los colegios y universidades, de haber recibido y aprovechado las enseñanzas de buenos educadores.

A ellos dedico respetuosamente este modesto trabajo; y para ellos quiero formular asimismo, desde esta tribuna,—cuya resonancia extenderá vuestras sabias resoluciones y aun iniciativas á todos los países de nuestra gran Patria, el Continente Latino-americano,—el siguiente proyecto de conclusión:

La Sección de Antropología y Sociología del Congreso Científico Latino-americano, reunido en Buenos Aires, recomienda con encarecimiento la necesidad de levantar lo más que sea posible el magisterio en la América Latina, ya acreciendo las consideraciones sociales á los educadores, ya aumentando sus rentas, ya sobre todo haciendo de ellos escrupulosa selección, supuesto que se les confía el importantísimo encargo de formar las generaciones de lo porvenir.

He concluído, señores.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL